

PRESENTACIÓN¹

para la reedición de la obra

de Joaquín Costa

ESTUDIOS IBÉRICOS (1891-1895)



Guillermo Fatás

Universidad de Zaragoza

¹ El autor ha quedado en deuda con Concha García, que pulió con paciencia el original; con José-Carlos Mainer, Francisco Pina y Eloy Fernández, que atendieron consultas con generosa cordialidad; con Julián Pelegrín, por el cuidado puesto en la edición del original de 1895; con Álvaro Capalvo, por su asistencia continuada; y con la Institución «Fernando el Católico» y su director, Carlos Forcadell, por encomendarle esta tarea conmemorativa de los cien años de la muerte de Joaquín Costa.

ÍNDICE

Presentación de Guillermo Fatás V

1. La circunstancia de Costa, VII. 2. Costa, historiador sui géneris, IX. 3. Afición de Costa por la Historia Antigua, XVI. 4. Costa y «el Sr. Menéndez», XVII. 5. Años de Antigüedad, XX. 6. Dos grandes planes inconclusos, XXII. 7. La Antigüedad, cuna de costumbres jurídicas, XXV. 8. Modas y modos historiográficos, XXXI. 9. Peligros lingüísticos, XXXV. 10. Dominio de las fuentes, XL. 11. Tarteso: tentaciones y riesgos, XLII. 12. Breve inciso sobre *Mortuus Quidam*, XLVI. 13. Crear historia, XLVII. 14. Insuflar historia al mito, L. 15. Un ímpetu arriesgado, LVI. 16. No tan raro, LXI. Nota sobre la transcripción de Julián Pelegrín Campo, LXVII.

ESTUDIOS IBÉRICOS (1891-1895)

Ganadería ibérica, 15. Ganadería de la Atlántida. Ganado vacuno en España, 16. Ganado lanar y cabrío. Tejidos y tintes. Colores nativos de la lana, 21. Ganado de cerda, 32. Apicultura ó ganadería apícola, 32. Ganado mular, 36. Ganado caballar. Sus aplicaciones: alimento, transporte, guerra. Rapidez. Andadura. Leyenda de su generación por el viento, 36. Representaciones figuradas de ganado ibérico, 46

Cuatrería ó abigeato 53

Tribus, ciudades, aldeas 69

Siervos públicos, 83. Los mestizos de Carteia manumitidos por Canuleyo: su condición servil. Un pasaje de T. Livio: interpretación de Sigoni, Duker, Mommsen, etc., 83. Los siervos de la ciudad de Hasta: edicto de L. Emilio Paulo en el bronce de Alcalá de los Gazules; encontrados juicios de Mommsen, Berlanga, Madwig, etc., 89.

LITORAL IBÉRICO DEL MEDITERRÁNEO

EN EL SIGLO VI-V ANTES DE J.-C. 97

Capítulo I. Fuentes de conocimiento 97

Capítulo II. Oestrymnis ú Ophiusa, 109. Situación y deslinde de esta comarca, 109. Origen de este nombre Ophiusa. Sobre la despoblación de la comarca por causa de las serpientes, 114. Origen y valor del vocablo Oestrymnis: su relación con los de Ophiusa y Edetania, 118.

Capítulo III. Tartesios orientales, 125. Triunfo de los tartesios sobre los tyrios de Cádiz: Argantonio en Tarteso-Cádiz. Colonizaciones helénicas en la bahía gaditana, 125. Triunfo de los tartesios sobre los tyrios de Cádiz (continuación): Colonia heleno-tartesia en el litoral de Granada: sus límites; geografía física; sus ciudades, 149. Odysiápolis, 168. Nérica, 174. Colonia heleno-tartesia de Galicia. Distritos y poblaciones principales. El bronce tartesio, 179. La revancha: destrucción del reino tartesio por Carthago, 195. Emigración de los tartesios á Oestrymnis: camino que siguieron; regiones donde se asentaron; guerra de conquista, 203. Los tartesios del Estrecho ó calpianos en la región de Denia, 229. Los tartesios del Guadalquivir ó turdetanos en la región de Sagunto: Guerras del siglo III a. de J.-C. entre saguntinos y turdetanos; territorio que éstos dominaron, 247. Los tartesios del Guadalquivir en la región de Sagunto (continuación): el río Palancia se denominó Betis, 265. Los tartesios del Guadalquivir en la región de Sagunto (continuación): Origen y vicisitudes probables de la ciudad de Sagunto, 281. Los tartesios del Tinto ó kempisios en el valle del Ebro, 295.

«*¡Qué trabajo ha hecho Ud., querido Costa!*»

Carta de Francisco Giner de los Ríos a Costa,
noviembre de 1886.

1. LA CIRCUNSTANCIA DE COSTA

Todo conocedor de la vida de Joaquín Costa que haya desarrollado para con él alguna empatía habrá sentido, en una u otra forma, un dolor punzante ante sus continuas desdichas de todo género. La vida del sabio montisonense fue difícil y sufriente, de principio a fin, y no le ahorró privaciones, enfermedades, disgustos, angustias, humillaciones, frustraciones ni fracasos. Su extraordinario temple, una férrea fuerza de voluntad, la sed literalmente insaciable de conocimientos, la vocación sobresaliente de servicio a la sociedad y un amor a su idea de España que puede calificarse de vehemente, explican la cantidad y calidad de sus escritos. Doy por descontado que el lector dispone de fuentes más cualificadas para informarse sobre los avatares biográficos del pensador; tal aspecto, relevante para calificar su legado, no puede ser atendido en estas páginas². Sin embargo, creo que no sobrará un breve recordatorio: Costa era muy pobre y hubo de trabajar como albañil y como criado. Su vida de estudioso fue un permanente calvario. Diez años mayor que Menéndez Pelayo³, con quien hubo de competir en la universidad, empezó a estudiar muy tarde, a los 17; pero, una vez titulado bachiller a los 23, se hizo licenciado en Derecho a los 25, en Filosofía y Letras a los 26,

² La biografía más completa y expresiva sigue siendo la de George J. G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, 1972. Es una obra de admirable equilibrio, a punto de reeditarse con un nuevo epílogo de Eloy Fernández.

³ En contraste, el sabio santanderino, de familia culta y acomodada, fue catedrático universitario desde los 22 años.

doctor en Leyes a los 28 y en Filosofía a los 29. Y algunos de esos diplomas no pudo obtenerlos antes por una simple y mortificante falta de dinero para abonar las tasas o derechos administrativos requeridos.

Tampoco procede alargar aquí la recordación de la situación española de los años que interesan a esta edición. Son los que, inmediatamente, enlazan con la consumación del *Desastre*, según se recuerda siempre que se menciona a Costa. Pero no estará de más apuntar que, en sus años de escritor de antigüedades —y aunque no lo acusa en sus escritos, más atento a las deficiencias del régimen político caciquil o a la incapacidad de España en la carrera colonial africana que a la miseria social—, vive en la España del *otro desastre*, el interno, cuya sintomatología más llamativa toma la forma de asesinatos, atentados y sucesos de violencia social, como los habidos en 1878 y 1879 contra Alfonso XII, el trastornador episodio de La Mano Negra en 1883 o el asalto campesino a Jerez en 1892 y su dura represión.

En esa España, abundante en miseria, también cabía la brillante celebración en Barcelona de la Exposición Internacional de 1888 (Costa había visitado durante nueve meses, con una beca, la de París de 1867, que lo deslumbró). Estos sucesos fueron seguidos de otros igualmente tremendos, como el atentado contra Arsenio Martínez Campos, capitán general de Cataluña, y la famosa ‘bomba del Liceo’ (uno en septiembre y otra en noviembre de 1893). Sus secuelas fueron cinco fusilamientos en Montjuic y el asesinato de Antonio Cánovas, en 1897, sin contar los atentados fallidos⁴.

En tales circunstancias externas se desarrollaron las dedicaciones de Costa, con la añadidura de un agravamiento, que ya no cesó un momento, de su físicamente dolorosa y creciente discapacidad, tan mortificante para él. Atestiguada la dolencia, al principio en forma de cansancio patológico, del que se lamenta en 1888, a partir de 1890 el mal fue permanente y creciente. Así y todo, no tardaría mucho, en gráfica expresión de García de Valdeavellano, en «lanzarse al tumulto de una actuación política en la que consumió su vida de enfermo y sus entusiasmos de patriota»⁵.

⁴ Cf. recientemente R. Núñez, «El terrorismo», en *Tierra y libertad* (J. Casanova, coord.), 2010, págs. 61-87, sobre la actividad del anarquismo violento en España.

⁵ «Joaquín Costa en el recuerdo de la Institución Libre de Enseñanza», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, I, 1984, págs. 23-30.

2. COSTA, HISTORIADOR SUI GÉNERIS

Joaquín Costa transmitió a la posteridad una impresión de grandeza: si para sus biógrafos sucesivos Manuel Ciges y George Cheyne, en 1930 y en 1971, fue el «gran fracasado» y el «gran desconocido», respectivamente, a Melchor Fernández Almagro (*En torno al 98*) le parecía más bien, en 1948, «el gran discursador a la nación española». Fuera por su excesividad y vehemencia, por la vastedad de su obra, por su ambiciosa actividad, por lo ingente de su esfuerzo personal de superación o por las dimensiones de su frustración política y vital, Costa aparecía como una persona que desbordaba la normalidad⁶.

Tan ávido de escribir sobre un ancho abanico de materias, aunque con predominio de las jurídicas, tenía, no obstante, vocación y mentalidad de historiador. En el recuerdo social dominante ha prevalecido su imagen de hombre público y político, y no faltan motivos para ello. Pero sus estudios —que nunca interesaron sino a un reducido número de personas, en un país perennemente iletrado—, incluidos los jurídicos, económicos y sociológicos, llevan la impronta del historiador con más frecuencia y profundidad que ninguna otra y en todos ellos late un sustrato historicista.

Costa, si bien no obtuvo cátedra, hecho que trastornó su vida sin remedio, fue historiador de modo oficial, además de funcionalmente. Historiador lo consideraron Hinojosa y Altamira, que lo admiraban y querían, dio clases de Historia (aunque no solo) en la Institución Libre de Enseñanza y fue editor y redactor de su interesante y activo *Boletín (BILE)* entre 1880 y 1883, donde la Historia tenía amplia cabida, además de dirigir en el Ateneo de Madrid la Sección de Ciencias Históricas, de ser miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia (desde 1880) y de cultivar, cerca ya de sus últimos días, esta vocación suya tan duradera, adhiriéndose en marzo de 1910, si bien de forma nominal, al Centro de Estudios Históricos que impulsaban sus apreciados Giner e Hinojosa,

⁶ El valor de Costa como sociólogo, antropólogo, historiador y aun lingüista lo trata E. Fernández Clemente, «Joaquín Costa, pionero de las Ciencias Sociales en España», *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo*, A. Robles y J. A. González (coord.), Granada, 2000, págs. 190-203, que recoge selectivamente juicios expresivos de autoridades como Lisón, Beltrán, Delgado, Pujadas o Gil Novales.